



CUIDADO CON LOS
DEMONIOS 4-D.

**MARION
ZIMMER
BRADLEY**

**LA PUERTA
DEL
ESPACIO**



GALAXIA
Ciencia-Ficción

Para cuando la puerta del espacio se abrió de repente, la lucha se reanudó y con ella un complot destinado a revisar y destruir el Imperio Terreno.

EN EL EXTRAÑO MUNDO DE WOLF

En un tiempo Race Cargill había sido el mejor agente del Servicio Secreto terrano en el complejo y misterioso planeta de Wolf. Repetidas veces arriesgó su vida entre las criaturas semihumanas y no humanas del sombrío mundo. Y, repetidamente, había cumplido las fantásticas misiones, hasta que su nombre fue cubierto de gloria.

Pero todo eso al parecer había acabado. Durante seis largos años había estado sentado detrás de un fastidioso escritorio en el interior del cercano cuartel general terrano, aislado allí después que él y un rival se habían marcado con cicatrices y magullado el uno al otro en una contienda familiar.

Más cuando la puerta del espacio se abrió de repente y con rápido movimiento, la contienda surgió de nuevo, y con ella una intriga destinada a atajar y destruir el Imperio Terrano.

Nota del autor:

Siempre deseé escribir. Pero hasta que hallé las viejas revistas en pasta de fantasía científica, a la edad de dieciséis años, este deseo general no se convirtió en un preciso estímulo para escribir aventuras de fantasía científica.

Di muchos rodeos en el camino. Descubrí la ficción científica en su edad de oro: la época de Kuttner, C. L. Moore, Leigh Brackett, Ed Hamilton y Jack Vance. Pero mientras estaba todavía juntando tiras de papel de desecho para mis

tempranos esfuerzos, el estilo cambió. Las aventuras en lejanos mundos y extrañas dimensiones pasaron de moda, y llegó la nueva expresión de la «science-fiction» —el énfasis en la ciencia.

Por tanto mis primeras historias eran cabalmente ficción científica, y no estoy tratando de abandonar esa clase de narración. Tiene su lugar. En mucho, la clase de «science-fiction» que proporciona los títulos del día tan próximamente como el café de la mañana, ha aumentado el interés popular por el moderno y maravilloso mundo de la ciencia en que vivimos. Ha ayudado a generaciones de jóvenes a sentirse seguros y tranquilos en un mundo rápidamente cambiante.

Pero los estilos mudan, las viejas aficiones retornan, y ahora que los Sputniks alborotan el cielo con nuevas y poco familiares lunas, los lectores de la «science-fiction» están dispuestos a esperar al día de mañana para leer gustosamente los nuevos títulos en este campo de la moderna literatura. Otra vez, creo, hay un lugar, un deseo, una necesidad y apetencia de la maravilla y el colorido del mundo de afuera. El mundo de más allá de las estrellas. El mundo que nosotros no llegaremos a ver. Es por eso que escribí LA PUERTA DEL ESPACIO.

MARION ZIMMER BRADLEY

CAPÍTULO PRIMERO

Al otro lado de las puertas del puerto del espacio, los hombres de Kharsa estaban acosando a un ladrón. Oí los agudos gritos, el ruido sordo de pies que avanzaban a zancadas demasiado largas y brincantes para ser de seres humanos, cuyo eco resonaba todo a lo largo de las oscuras y polvorientas calles que conducían a la plaza principal.

Pero la plaza misma estaba vacía ahora, a la luz carmesí del mediodía de Wolf. En lo alto la caliginosa ascua roja de Phi Coronis, el viejo y agonizante sol de Wolf, emitía una luz pálida y fría. La pareja de guardas de la fuerza del Espacio situados junto a las puertas, que vestían chaquetas de cuero negras, con armas de muy mal gusto metidas en una especie de pistoleras atadas al cinto, estaban adormeciéndose bajo la arqueada entrada donde el emblema de la estrella y el cohete proclamaba la soberanía de Terra. Uno de ellos, un muchacho chato que sólo hacía unas semanas que había salido de la Tierra, aguzó inquisitivamente el oído al percibir los gritos y el ruido de arrastre de pies; luego volvió la cabeza de un tirón, hacia mí.

—Eh, Cargill, usted sabe hablar su dialecto. ¿Qué pasa allá?

Salí fuera de la entrada para escuchar. No podía, sin embargo, verse a nadie en la plaza. Estaba lívida y barrida por el viento, una empalizada de vacuidad; a un lado el puerto del espacio y el blanco rascacielos del cuartel general de los Terranos, y al otro lado, la confusión de altos edificios,

la capilla de la calle, el pequeño bar del puerto del espacio que olía a café y jaco, y las oscuras, abiertas entradas de calles que bajaban serpenteando hacia el interior de Kharsa, la antigua ciudad, el distrito de los indígenas. Pero yo estaba solo en la plaza con los agudos gritos —más cercanos ahora, cuyo eco resonaban por las circundantes paredes— y el vivo movimiento de muchos pies que avanzaban a lo largo de una de las enlodadas calles.

Luego lo vi correr, trampeando, mientras una rociada de piedras volaba alrededor de su cabeza; era alguien o algo menudo, encapotado y ágil. Detrás de él la chusma de rígida facha daba alaridos y arrojaba piedras. No pude, sin embargo, entender los gritos; pero la turba estaba ansiosa de sangre, y yo lo sabía.

—Está llegando disturbio —dije brevemente, poco antes de que la chusma se derramara en la plaza.

El enano en fuga miró alrededor salvajemente por un instante moviendo la cabeza de lado a lado tan rápidamente que era imposible recibir ni siquiera una efímera impresión de su rostro —humano o no humano, familiar o raro—. Luego, como una bolita soltada de su honda, el extraño se encaminó en derechura a la entrada buscando seguridad.

Y detrás de él la brincante chusma vociferaba y daba alaridos y se vertía sobre la mitad de la plaza. Sólo la mitad. Después, por esa repentina intuición que da hasta a la gentuza más demente alguna vislumbre de juicio, se pararon de un modo confuso y desigual, volviendo la cabeza de lado a lado.

Subí al peldaño inferior del edificio del cuartel general, y los examiné someramente.

La mayor parte de ellos eran chaks, los habitantes no humanos de Kharsa, cubiertos con pieles y de la estatura del hombre, y no de la mejor clase. Sus pieles eran toscas, sus colas desnudas estaban llenas de inmundicia y mal. Sus delantales de cuero colgaban en pingajos. Uno o dos de la

chusma eran humanos, la hez de la población de Kharsa. Pero el emblema de la estrella y el cohete pintado al otro lado de las puertas del puerto del espacio sosegaba algún tanto hasta el más violento anhelo de sangre; la turba se movía alrededor y se meneaba inquietamente en una mitad de la plaza.

Por un momento, no supe a dónde había ido su presa. Luego vi al enano agachado, aún no a cuatro pies de distancia de mí, allí en un pedazo de sombra. Simultáneamente la chusma lo vio, arrebuñado justamente detrás de la entrada, y un alarido de frustración y rabia resonó alrededor de la plaza. Alguien arrojó una piedra. Pasó zumbando por encima de mi cabeza, no tocándome por poco, y fue a parar a los pies del guarda de chaqueta de piel negra. Este levantó la cabeza de un tirón e hizo un ademán con el arma que repentinamente había sido desenfundada.

El gesto debiera haber bastado. En Wolf, la ley de los terranos ha sido escrita con sangre y fuego y explotadores átomos; y el límite está trazado firme y claramente. Los hombres de la fuerza del espacio no intervienen en la vieja ciudad, ni en ninguna de las ciudades indígenas. Pero cuando la violencia atraviesa el umbral, pasando más allá del blasón de la estrella y el cohete, el castigo es rápido y terrible. La amenaza debiera haber bastado.

En vez de ello, un alarido de afrenta se elevó de la chusma.

—¡Terrano!

Y otro de nuestro:

—¡Hijo del mono!

Los guardas de la fuerza del espacio estaban hombro a hombro detrás de mí ahora. El muchachito chato, que parecía estar ligeramente pálido, voceó.

—¡Pase adentro de las puertas, Cargill! Si tengo que disparar...

El hombre de más edad le impuso silencio con una seña.

—Espere Cargill —gritó.

Doblé la cabeza para indicar que había entendido.

—Usted habla su dialecto. ¡Dígales que desistan! ¡Malditos sean, si he de disparar!

Bajé y pasé adelante hacia la abierta plaza, a través de las desmoronadas piedras blancas, con dirección a la andrajosa chusma. Aun con dos hombres armados de la fuerza del espacio a mi espalda, ello hacía que experimentara una sensación de hormigueo en la piel, pero levanté mi mano libre en señal de paz.

—Salgan de la plaza —grité en la jerga de Kharsa—. ¡Este territorio está mantenido en pacto de paz! ¡Arreglen sus reyertas en cualquier otra parte!

Hubo un ligero movimiento en la turba. La sorpresa de que se les hablara en su propia lengua, en vez de hacerlo en el Terran Standard que el Imperio ha impuesto al planeta Wolf, los mantuvo callados por un momento. Yo sabía eso hacía mucho: que hablarles en cualquier de los idiomas de Wolf me daría una pequeña ventaja de un minuto.

Pero sólo de un minuto. Luego uno de la chusma vociferó.

—¡Nos iremos si nos entregan al intruso! ¡No tiene ningún derecho al sagrado refugio terrano!

Me acerqué al arrebujaado enano, que miserablemente trataba de hacerse aún más pequeño agazapándose contra la pared. Lo toqué con el pie.

—Levántate. ¿Quién eres?

La capucha se apartó de su rostro mientras él se levantaba de un tirón. Estaba temblando violentamente. A la sombra de la capucha vi una peluda faz, un tremulante morro aterciopelado, y unos grandes ojos de un suave color amarillento que encerraban inteligencia y un sentimiento de terror.

—¿Qué has hecho? ¿No puedes hablar?

El enano presentó la bandeja que había resguardado bajo su capa, una ordinaria bandeja de buhonero.

—Baratijas. Vendo baratijas. Para niños. ¿Tiene usted?

Moví la cabeza y rechacé al extraño ser, dando sólo un vistazo a la formación de delicadamente confeccionados muñecos, menudos animales, prismas y perinolas de cristal.

—Más vale que salgas de aquí. Lárgate. Esa calle abajo —indiqué.

Una voz de la turba gritó de nuevo, y tenía un desagradable sonido.

—¡Es un espía de Nebran!

—Nebran... —dijo el pequeño ser no humano, parloteó algo; luego se dobló detrás de mí.

Lo vi trampear, haciendo finta en la dirección de las puertas; después, mientras la turba se agitaba y avanzaba en oleada en esa dirección, corrió hacia la capilla de la calle al otro lado de la plaza, deslizándose de escondrijo en escondrijo en la pared. Una granizada de piedras pasó volando en esa dirección. El menudo vendedor de baratijas se metió en la capilla.

Luego hubo un ronco «¡Ah, aaah!» de terror, y la turba se desvió, marchando hacia atrás con viva agitación. En el momento siguiente había empezado a disolverse, su entidad descomponiéndose en separadas criaturas, las cuales se introducían en las callejuelas laterales y en las oscuras calles que desembocaban en la plaza. A los tres minutos la plaza estaba vacía otra vez, en la luz de un color carmesí claro del mediodía.

El muchachito de chaqueta de cuero negra exhaló el aliento y blasfemó, metiéndose el arma en la pistolera. Miró con asombro y requirió impíamente:

—¿A dónde ha ido el hombrezuelo?

—Quién sabe —dijo el otro, encogiéndose de hombros—. Probablemente se metió a hurtadillas en una de las callejuelas. ¿Vio usted a dónde fue, Cargill?

Retrocedí despacio hacia la entrada. A mi, me había parecido que el hombrecillo se había zambullido en la capilla de la calle y desaparecido en el enrarecido aire, pero he vi-

vido en Wolf el tiempo suficiente para saber que uno no se puede fiar de sus ojos aquí. Así lo dije, y el muchacho blasfemó otra vez, con nerviosidad, más conturbado de lo que quería admitir.

—¿Ocurren a menudo esta clase de cosas?

—Todo el tiempo —le aseguró seriamente su compañero, mirándome a mí de soslayo y haciéndome un guiño. No le devolví la guiñada.

—¿Dónde aprendió usted su lengua, señor Cargill? —preguntó el muchacho, obstinado en no abandonar la cuestión.

—Hace mucho tiempo que estoy en Wolf —dije. Giré sobre mis talones, y me encaminé al cuartel general.

Procuraba no oír, pero las voces de los dos guardas me seguían de cualquier modo, discretamente bajas, más no lo suficiente.

—Muchachito, ¿no sabes quién es? ¡Ese es Cargill, del Servicio Secreto! Hace seis años era el mejor hombre de la Oficina de Información, antes de que... —La voz bajó un poco más, y entonces se oyó la voz estremecida del muchachito que preguntaba:

—Pero ¿qué diablos le ocurrió a su rostro?

Yo debiera haber estado acostumbrado a ello, ahora. Había estado oyéndolo, más o menos a mi espalda, durante seis años. Bien, si mi suerte continuaba, no lo volvería a oír. Subí a zancadas los blancos escalones del rascacielos, para terminar las disposiciones que me sacarían de Wolf para siempre. Me iría al otro extremo del Imperio, a la otra extremidad de la galaxia, a donde quiera, mientras no tuviera que llevar mí pasado como un medallón colgado del cuello, o pintado y marcado en lo que quedaba de mi estropeado rostro.

CAPÍTULO II

El Imperio Terrano ha plantado su blasón en cuatrocientos planetas que rodean a más de trescientos soles. Pero cualquiera que sea el color del sol, el número de lunas en lo alto, o la geografía del planeta, una vez uno entra en el edificio de un cuartel general, está en la Tierra. Y la Tierra sería ajena para muchos que se llaman a sí mismos hombres de la Tierra, a juzgar por la extrañeza que siempre sentí al entrar en ese mundo de mármol y vidrio en el interior del rascacielos. Oía el ruido de mis pasos que sonaban con tenue retumbo a lo largo del pasillo de mármol, y apartaba los ojos, ajustándolos de nuevo penosamente a la fría amarillez de las luces.

El Departamento de Trafico era la eficiencia hecha insolente, con vidrio y cromo y acero pulido, espejos y ventanas y relucientes máquinas de escritorio electrónicas. La mayor parte de una pared estaba ocupada por un cuadro de televisión que ofrecía una vista del puerto del espacio; una vasta y abierta extensión iluminada con lámparas de vapor de mercurio azul blanco, y el encadenado rascacielos metálico de una nave interestelar, con su hormigueo de operarios. La gente encargada de ese trabajo estaba preparando la gran nave para su lanzamiento al espacio mañana por la mañana. Di un segundo y en seguida un tercer vistazo a la mole metálica. Yo estaría en ella cuando se elevara.

Desviándome del cuadro del puerto del espacio, mientras avanzaba a zancadas me observé a mi mismo en las es-

pejadas superficies que estaban en todas partes; un hombre alto, flaco, descolorido por los años pasados bajo un rojo sol, y cercado con hondas cicatrices en las dos mejillas y alrededor de la boca. Exactamente después de seis años detrás de una mesa escritorio, mi pulcra ropa de trabajo — apropiada para un hombre de la Tierra con un empleo en una oficina— no ajustaba muy bien, y yo todavía me levantaba inconscientemente sobre las puntas de los pies, acercándome en el modo de andar al combado y abatido paso de un rudo habitante cosmopolita de los llanos de Coronis.

El empleado que estaba detrás del letrero TRANSPORTE era un hombre menudo con la piel tostada por la luz de una lámpara solar, cercado por un escritorio que se asemejaba a un puerto espacial de pequeño tamaño, y parecía como si le gustara estar encerrado ahí. Levantó la vista con afable solicitud.

—¿Puedo servirlo en algo?

—Me llamo Cargill. ¿Tiene usted un pase para mí?

El hombrecillo miró con asombro. Un libre pase para embarcar en una nave interestelar es concedido raramente excepto para los cosmonautas profesionales, y obviamente yo no era uno de ellos.

—Déjeme revisar los registros —dijo. Y se encorvó, apretando unos botones de control sobre la cristalina superficie.

Unas sombras aparecían y desaparecían, y me vi a mí mismo ligeramente reflejado; una vacilante imagen en una racha de fugaces colores. El diseño finalmente adquirió fijeza y el empleado leyó unos nombres con ojos atentos.

—Brill, Cameron... ah, sí. Cargill, Race Anw, Departamento 38, documentos de transporte. ¿Es usted ese?

Asentí, y el hombre empezó a oprimir más botones; y entonces la vibración sonora del nombre fue puesta en conexión con algún cerebro electrónico de otro escritorio. El empleado se detuvo, con la mano a alguna distancia de un botón.

—¿Es usted Race Cargill del Servicio Secreto, señor? ¿El Race Cargill?

Está ahí mismo —dije, haciendo aburridamente gestos hacia el proyectado diseño más abajo de la vítrea superficie.

—Creía... quiero decir, todos lo daban por supuesto; o sea, oí decir...

—Usted creía que Cargill había sido muerto hace mucho tiempo porque su nombre no reapareció más en los envíos de noticias, ¿eh? —dije. E hice una áspera mueca, viendo que mi imagen se disolvía en confusas sombras, y sintiendo que la antigua cicatriz de la boca se ponía tirante para hacer horrible la mueca—. Soy Cargill, ciertamente. He estado arriba en el piso 38 durante seis años, ocupando un puesto de escritorio que cualquier empleado podría manejar. Usted, por ejemplo.

El hombre pareció turbarse. Era un pobre diablo que nunca había salido de los seguros y familiares límites de la Trade City terrana.

—¿Quiere decir que usted es el hombre que fue a Charin con disfraz, y desbarató La Lisse? ¿El hombre que exploró el Black Ridge y Shainsa? ¿Y usted ha estado trabajando en un escritorio arriba todos estos años? Es... difícil de creer, señor.

Mi boca se crispó. Había sido difícil para mí mismo creerlo mientras lo estaba haciendo.

—¿El pase?

—Ahora mismo, señor —respondió el empleado. Oprimió unos botones, y un impreso pedacito de plástico salió de una ranura abierta en la superficie de la mesa—. Su huella dactilar, por favor.

Y apretó mi dedo contra la suave y blanda cara del plástico, registrando indeleblemente la huella; esperó un momento para que se endureciera, luego metió el pedacito de plástico en el canal de un tubo neumático. Oí el ligero ruido de la ficha al caer dentro.

—Confrontarán su huella dactilar con eso cuando usted embarque en la nave. La salida no es hasta la madrugada, pero usted puede ir a bordo tan pronto como la brigada de operarios termine con ella —declaró el metódico empleado. Y miró de soslayo a la pantalla de televisión, donde se veía al pululante enjambre de obreros haciendo aún inexplicables cosas a la inmóvil nave cósmica—. Hay que esperar una hora o dos más. ¿A dónde va usted, señor Cargill?

—A algún planeta del grupo de las Híades. Vainwal, creo, o algo parecido a eso.

—¿Qué aspecto tiene aquello?

—¿Cómo debiera yo saberlo? Nunca he estado allá, tampoco. Sólo supe que Vainwal tenía un sol rojo, y que el embajador terreno podía emplear a un entrenado agente de la oficina de información. Y no tenerlo sujeto a una mesa de escritorio.

Había cierto respeto, y hasta envidia en la voz del hombrecillo cuando habló de nuevo.

—¿Podría yo... comprarle alguna bebida antes de que se embarque, señor Cargill?

—Gracias, pero tengo unos cabos sueltos por atar.

No era así, pero yo no quería pasar mi última hora en Wolf bajo la mirada de un pobre diablo atado a una mesa que prefería su segura posición secundaria.

Pero después que hube salido del departamento y del edificio, casi deseaba haber aceptado la invitación. Tendría que esperar por lo menos una hora antes de que pudiera embarcarme en la nave interestelar, con nada que hacer excepto machacar viejos recuerdos, que valía más tener olvidados.

El sol estaba más bajo ahora. Phi Coronis es un astro opaco, un astro agonizante, y una vez más allá del cenit carmesí del mediodía, su luz cae sesgadamente en un prolongado crepúsculo de un color rojizo claro. Cuatro de las cinco lunas de Wolf estaban agrupadas en un pálido rami-

llete en lo alto, insertando una tenue luz violada en el crepúsculo carmesí.

Las sombras eran azules y moradas en la vacía plaza mientras yo andaba a través de las piedras y estaba mirando hacia abajo de una de las calles laterales.

Unos cuantos pasos, y me hallé en un sucio barrio bajo que pudiera haber sido de un mundo distinto de la limpia y brillante Trade City situada al oeste del puerto del espacio. El distrito de Kharsa estaba activo y cargado de los ruidos y olores de vida humana y semihumana. Un niño desnudo, pequeño y de pelo rubio, pasó como un dardo entre dos de las hendidas casas de guija, y desapareció, derramando una frágil risa semejante a vidrio que se rompe.

Una bestezuela, medio culebra y medio gato, se arrastró a través de un tejado, extendió unas coriáceas alas, y batió en el suelo. El acre y mordicante humo de incienso de la abierta capilla de la calle hizo que las ventanas de mi nariz se encogieran, y una arrebujaada figura adentro, no humana, me lanzó una áspera y feroz mirada mientras yo pasaba.

Me volví, y desanduve lo andado. No había ningún peligro, por supuesto, tan cerca de la Trade City. Hasta en planetas tales como Wolf, las leyes del Imperio Terrano son acatadas dentro del alcance del oído de sus puertas. Pero había habido tumulto aquí y en Charin durante el mes pasado. Después de la manifestación de violencia de la chusma esta tarde, un aislado terrano, desarmado, pudiera aparecer como un solitario cadáver tirado en la gradería del edificio del cuartel general.

Hubo un tiempo en que yo había andado solo de Shainisa a la colonia polar. Sabía cómo confundirme con esta clase de noche, andrajoso e indiscernible, una raída capa echada alrededor de los hombros, sin armas excepto el puñal celta aguzado como el filo de una navaja, sujeto al broche de la capa; caminando sobre las puntas de los pies como un habitante de Dry, no buscando, rastreando ni husmeando como un hombre de la Tierra.